

# Poemas de Ricardo Antonio Landa

**Enrique González Rojo Arthur**

Una cuidadosa lectura del libro de poemas que presentamos a ustedes hace posible, me parece, desentrañar su sentido y advertir al interior de la complejidad que lo caracteriza cuál es la atmósfera predominante que brota de él. *El rojo de la lengua* – lo apunto yo, que soy el rojo del nombre– es un libro en que confluyen lo individual (las preocupaciones personales del poeta) y lo social (el ámbito sociopolítico en que transcurre lo primero). A pesar de la carga que esto último tiene a lo largo y a lo ancho del poemario, me parece que lo individual, y a continuación mostraré por qué, se roba la escena.

La existencia –tanto desde el punto de vista de la privacía como del de lo gregario– es un viaje, un transcurrir por. Ricardo lo expresa de esta bella manera: *“Nuestro barco no era amplio / pero nos cabía lo indispensable: / pan amor más remos y plumas / con tinta suficiente para tararear la odisea”*. Pero el estar aquí, en el mundo, no se reduce, como lo proclama la dialéctica, a solo desplazarse en el espacio, sino también en el tiempo. Por eso Ricardo Landa, el poeta, quiere *“acariciar larga y pausadamente el centro del instante”* que es, por así decirlo, la célula semoviente del devenir. El existente se halla, pues, en el espacio y en el tiempo. Pero, ¿sabe qué es? Ricardo no tiene las ínfulas de la omnisapiencia, sino la humildad del amante de la sabiduría; de ahí que confiese: *“En mi mochila vieja / sólo cargo preguntas”*.

En el poemario que comento el poeta, además de proyectarse e identificarse con la humanidad que lo constituye, se muestra como un ente amoroso. No como un vate romántico que pulsa las cuerdas de la lira y nos empalaga con endechas y cármenes sensibleros, sino como alguien que se lanza permanentemente a la búsqueda de un amor desenajenado, ya que el amor, como todo en la sociedad que nos ha tocado vivir, o casi, se halla fuera de sí, en permanente distorsión.

Ricardo Antonio es consciente (y se ve en la necesidad de proclamarlo líricamente) de *“los candados que prohíben el paso a la ternura”*. Él no es de los que niegan el amor, le dan la realidad de un espejismo o lo condenan a ser tan solo un epifenómeno de la libido. Él cree, claro, en el amor físico y en la pasión, ya que *“la canela en el corazón / provoca orgasmos de veras”*; pero, por razones sociales y personales se siente más cerca del infierno que del paraíso. Tanto los hombres como las mujeres vivimos en general un amor tenso, doloroso, alienado. Por eso tenemos que *“llamarnos con gemidos”* –como dicen las llegas del poeta. De ahí también el rosario de quejas que conturban al poeta y que salen de su pluma con la transparencia de la sinceridad. Pongo el acento en estas tres: 1. *“¿Cómo no pedirle cuentas a tus silencios?”*; 2. *“Deja de hacer de mi mano una sogá / de la que tiras”*; 3. *“Deja de ser mi miedo más oscuro”*.

El amor verdadero es, además, huidizo, como los individuos y las sociedades, y lo es de manera tal que *“El ayer apenas se ve con el rabo del ojo”*, como dice, condoliéndose, el poeta.

En el poema *“Todo se humedece”* las cosas llegan al extremo de que el protagonista del desasosiego se violenta porque *“en la ausencia / nadie me tiende a secar”*.

Pero, ¿por qué está el amor enajenado? No sólo porque hay un divorcio consustancial en los hombres y mujeres, entre su esencia y su existencia o entre lo que son y lo que podrían y deberían ser, sino porque todas sus actividades definitorias –como el trabajo, el juego, la comunicación y, desde luego, el amor– se hallan en el mismo ámbito de la alienación. Cuando proclama el autor llegará el día en que se *“tendrá no el yo ni el tu sino el nosotros en la boca”* y más aún: *“Vivan las parejas / que se hacen uno sin perder sus nombres”* está sugiriendo que el amor desenajenado, al que busca con ahínco, no puede consistir sino en un divorcio del amor y la posesividad. El amor posesivo o la posesividad amorosa es una *contradictio in adjecto*. Por eso Ricardo, desgarradoramente, se pregunta: *“¿Has visto la palma de tu mano libre de ocupantes?”*. El amor enajenado no es sino una manifestación de la sociedad enajenada y en crisis que nos ha tocado vivir. No es algo excepcional, sino algo interiorizado de tal modo en los individuos que, por lo común, en una escandalosa conducta cotidiana, se cree que no se puede amar sin poseer o que quien no intenta fagocitar a su pareja no la ama.

¿Mundo en crisis y alienado? Bien lo sabe nuestro poeta. Estas palabras lo denotan y denuncian: *“Somos los zaheridos hasta que gritamos basta, / las víctimas que no quieren besar / la mano del domador de fieras”*. Y ante esto, el juglar o el portalaras, el hombre que pugna contra la esclavitud y aspira a devenir, con Efraín, uno de los “hombres del alba”, confiesa amargamente ser *“el pájaro que más tose y menos trina, / que se ennegrece como un cuervo”*.

El camino lírico recorrido, este canto que ha permanecido en alta tensión durante todo el tiempo, ha sido posible porque Ricardo Antonio es “el rojo de la lengua”, es decir, el poeta crítico, el amante de la revolución, aquel que no tiene pelos en la audacia purpúrea de su lengua.

Periódico **“La jornada de Oriente”**

**16 de junio de 2014**